

Martínez Campos, 26/I/07
Versión para MI ZIQUITARO
(Publicado en GUIA, 4/V/1997, 3-B)

CAMINOS DE LECHE Y MIEL Silviano Martínez Campos

Habrà sin duda golosinas que no empalagan, pero algunas **milky ways** con nombre de galaxia, por lo sabrosas, no pueden paladearse de un bocado ni mucho menos a solas, por lo que mejor será compartirlas.

Dicen que un niño es naturalmente egoísta, con un egoísmo al servicio de su crecimiento y no aprende a compartir hasta en tanto no se ha hartado de chocolate. Después compartirá lo que le sobre.

Así qué chiste, dirá el que recibe, me das lo que ya no quieres; lo bueno sería que compartieras desde el principio, antes de que te empalagara la golosina.

Y aunque Lázaro pedía a Epulón que le compartiera cuando menos las migajas, no todo mundo tiene ese aguante y a veces pretende –con razón o sin ella–, que se le com—parta “de verdad”, es decir, que se le dé a él también parte del pastel o del chocolate.

A lo mejor ese apego a todo el chocolate tiene su origen, su motivación, en el temor a quedarse sin nada, de tal manera que el muchacho glotón (de 8, 10, 12 o 58 años), en el fondo lo que busca al despacharse solo el dulce es asegurarse ante el temor de que, en un descuido, los mirones celosos baba caída puedan arrebatárselo.

De ahí que su instinto de posesión, si es que esto es instinto, lo apremie a despacharse con la cuchara grande lo más pronto posible con la golosina, no sea que a la mera hora se quede sin nada y después qué hace.

Pero no es el león como lo pintan y, a lo mejor, si comparte se le quitan los miedos y, al sortear la dificultad, se encuentra con que hay otros dispuestos a compartir de su propia golosina, de diversos sabores, como diversos y originales son los paladares.

Bueno sería que imitáramos a las miríadas de hombres y mujeres que desde siempre han predicado con el ejemplo el reparto de chocolates, por decirlo de alguna manera.

Hay de maneras a maneras de compartir. Desde el ejemplo de don **Chon** y doña **Benita**, quienes nunca gustaban una naranja sin repartir sus gajos a sus voraces retoños; o doña **Rafaela** (la tía **Rafaila**) quien si 2 cabezas de ajo recibía de regalo, una de ellas compartía con su sobrina; o doña **María** o doña **Altagracia** que ya iban, ya venían, repartiendo “bocaditos” de su sabrosa cocina.

Ejemplos entre tantos pero también el reparto concreto como bienes de comer a los pobres (**Vicente de Paul**) o bienes de sanar (padre **Damián de Veuster**); así como perdones y bendiciones desde los confesionarios o consejos y orientaciones desde el diván siquiátrico. Aun cuando en uno u otro caso existe el riesgo de “contagio”, así sea el sufrir la pobreza ajena, morir leproso, palpar la miseria humana o terminar medio loco.

HAY BUENAS SEÑALES

Compartir, repartir, departir, palabras tan manoseadas por el uso milenario, que ya no se pueden plantear ni proponer ante las dificultades que nos agobian, si no es como aspiraciones utópicas; pero tal vez en su obviedad esté la clave de todo.

Fíjese usted, si hubiera real solidaridad y más aún genuino espíritu cristiano en las relaciones, sería posible compartir un salario justo (si es que hay salario justo) y en contrapartida compartir un trabajo responsable.

Pero a lo mejor para esto habría qué redefinir al trabajador como ser humano con necesidades reales y concretas, como fulano o zutano y no como recurso humano o mano de obra barata.

Si hubiera real solidaridad y aun más genuino espíritu cristiano, no solamente los niños de la calle podrían vivir a sus anchas mendigando en Brasil sin temor a recibir una bala asesina, pero ni siquiera allá o en cualquier otro lugar o país denominado cristiano habría niños de la calle.

Si hubiera genuina solidaridad y más aún espíritu cristiano, nunca en nuestra área del mundo se hubiesen gestado guerras de religión y ahora no habría guerras.

De haber solidaridad y más aún genuino espíritu cristiano, ningún país con ese calificativo hubiese desencadenado guerras y menos generado holocaustos y genocidios de uno o del otro lado del mar.

Porque si hubiera habido genuina solidaridad y más aún genuino espíritu cristiano, no nos hubieran engatusado los ídolos de todo género que nos llevaron a romper con la naturaleza.

Sin embargo parece que ya empezamos a compartir, en medio de la gran pena. Y un buen signo fue aquel espíritu solidario y fraternal (con sus pocas excepciones enfermizas de rapiñas) que se posesionó de millones de almas de México ciudad, México país y fuera también de nuestras fronteras y acudió en genuino espíritu caritativo y humanitario en auxilio de los capitalinos tras los terremotos de 1985.

Parece también que empezamos a compartir y departir dentro, con civilizado entendimiento de las principales corrientes políticas.

¡Afuera”, además con ese gran debate generacional que nos va llevando poco a poco hacia el entendimiento de que nuestro destino es compartido y de alguna manera es racional y conforme a sentido, la unificación humana en el respeto de pueblos y países.

Así lo apuntan, entre mil acontecimientos, las cada vez más frecuentes reuniones multilaterales organizadas por la ONU como la de Copenhague, denominada Cumbre Mundial para el Desarrollo Social, hace unos años.

A CADA QUIEN SU GALAXIA

Las ahora más frecuentes (aun cuando no nuevas en la Iglesia Católica) críticas a la ideología del capitalismo “responsable de graves injusticias sociales”, en expresión del Papa, ya que “la situación de explotación que un capitalismo inhumano impuso al proletariado desde los albores de la sociedad industrial representó una iniquidad que también la Iglesia condenó abiertamente”.

El compartir un gajo de naranja a un niño mirón al que se le hace agua la boca o una cabeza de ajo a su vez recibida y compartir esperanza a su vez donada desde lo alto, humaniza, hace más hombre, aunque socialmente no se note.

¿Quién dice que la utopía de compartir no volverá a regenerar este mundo gastado y autoamenazado por los apetitos acumulativos de poder, tener o saber?

(Hay mal, qué duda cabe, y desde hace tiempo nuestra tradición ha mencionado al padre de la mentira, pero a ese lo ponemos con minúscula y entre paréntesis. Miguel lo agarró de la cola, lo zangoloteó y lo lanzó con todos sus achichincles a la Tierra, estando el Universo tan grandote. De todas maneras ya no encontró lugar en el cielo y, aunque ya se le pisó la cabeza, anda todavía atarantado y suelto, dando lata en Yugoslavia, Somalia, la ex URSS, Albania, el Africa, en el país de la abundancia, y en los países de la miseria. De todas maneras le queda poco tiempo, pero mientras tanto está asolando la Tierra, con la complicidad presunta de quienes no aceptan agregarse a la s huestes del Arcángel de la luz, cuyo lema es: “¡Viva la vida!, o sea ¡quién como Dios”!).

De todas maneras, en eso del compartir, repartir y departir, tal vez nos esperen muchas sorpresas, con eso de que estamos, en medio de la fuerte “temblorina” de los acontecimientos, descubriendo y construyendo un mundo realmente nuevo.

Y si nos estamos acostumbrando a expresarnos de la Tierra como “nuestro mundo”, por qué no también llamar al cosmos nuestro Universo. Con mayor razón a nuestro **milky way** compartido, nuestro camino de leche, nuestra Vía Láctea o Camino de Santo Santiago.

Y qué tal si de alguna manera se nos dijera: mira muchachito, mira Adán (y Eva), para que aprendas a compartir, vamos a hacer un reparto de esta casa grandota. Quien quiera la **milky way**, pero compartida, que levante el dedo.

Y SU PROPIO UNIVERSO

Así, para los de **Ziquítaro** --el ombligo del mundo--, La Vía Láctea; para los de San Antonio Carupo, la Nebulosa de Andrómeda; a los de Tirímacuaro, la galaxia fulana; mientras que a los de Epejan, la zutana. A los de Penjamillo, la que sigue; y la que sigue más allá para los de Caurio y las de junto para La Jamacua, Los Fresnos y Acuitzeramo.

A los de Zináparo la suya y otra galaxia más para los de Numarán; la que les corresponde a los de La Piedad; luego le toca a los de Angamacutiro, Yurécuaro, Ecuandureo, Tlazazalca, Purépero, Churintzio, Tanhuato, Pénjamo, Degollado, cada quien su galaxia, al fin y al cabo, cada poblado es el ombligo del mundo.

¿Y los de Los Guajes y los de El Cuitzillo no alcanzaron?, son muy poquitos. Cómo de que no, su galaxia también y para los de Serecuato, La Tepuza, Jauja y que no se quede alguna ranchería ni aquí ni en ninguna latitud sin su galaxia.

Pero también para Michoacán y Jalisco y Guanajuato y Guerrero y Colima y el Estado de México, cada quien su galaxia y todo el Universo para el planeta Tierra, que es el ombligo del mundo.

Galaxias compartidas, universos compartidos, pero para cada uno de los hombres --cada uno de ellos el ombligo del mundo--, su propio Universo; porque cada uno de ellos es su propio Universo, el corazón del mundo puesto que en cada uno de ellos ha descendido, mayormente si lo quiere y acepta, quien traspasa todo límite concebido por criatura y colma toda aspiración y utopía de plenitud compartida, soñada por el hombre.

Porque para el cristiano, Dios-Emmanuel no encontró mejor manera de compartir que entregarse a sí mismo, para que el hombre su hermano pierda todo miedo, deje de acumular y aprenda a compartir, desde aquí, los bienes de la Tierra, porque, si no se comparten, empalagan.